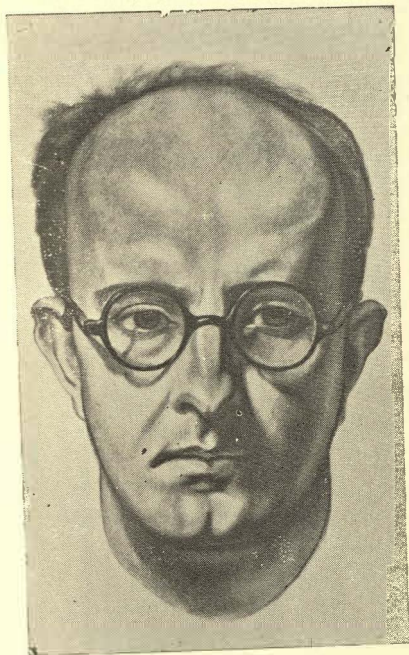


Otto de Greiff



Queda, verdaderamente difícil, establecer una filiación literaria, una cédula de identidad poética para Otto de Greiff. Su verso no tiene raíces en la temática americana. No se descubre allí, eso que pudiéramos llamar el común denominador de nuestra poesía, el subsuelo permanente que sostiene y nutre el canto de nuestros hombres. Habrá que buscar para este caso una clave en el influjo de la sangre sobre el acento lírico: subir, bajar más bien, el árbol genealógico hasta encontrar cerca de su apellido cándidos cielos del Norte, aliento valeroso de pinos y mareas, bahías como espadas azules en el pecho de la tierra y bruma en donde suben como mástiles los cantones marineras, aire bordado de baladas y de «lieds». — «Capitán, capitán! — Llévanos suavemente — en tu bajel alegre — a donde la perenne — alegría se cierne — tal como la celeste, — luz de los astros ciérnese — eterna, eternamente — sobre los mares verdes.» —

Al través de toda la obra de Otto de Greiff, asoma, con insistencia de *leit-motiv*, el rostro verde-azul del océano, su perfil que dibujan las espumas sobre la memoria obediente de la arena, sobre la tenaz memoria de los acantilados. Mares piratas donde habita la leyenda: mares remotos con ávida y sedienta boca de sal; mares fantásticos de Andersen con palacios submarinos de cristal y de coral y nacaradas sirenas enamoradas; fiernos mares en donde el cielo deshoja guirnaldas de gaviotas. — «El mar, el mar, el mar divino — entre su seno nos sumerge.» —

Otto de Greiff posee una agudísima sensibilidad melódica y una vasta cultura musical, elementos que, trasladados a su poesía, la bañan de una hechizante atmósfera, de un extraño ritmo cristalino. Allí, en cada penumbra, un piano relata fabulosas odiseas por el sueño o por la sangre o por las lejanas islas encantadas. En cada esquina del poema un violín canta como si alguien pulsara la luna. Y las flautas inventan una «letra para la música de las estrellas».

Infatigable estudiante, conocedor profundo de varios idiomas, Otto de Greiff ha enriquecido las letras nacionales con traducciones de altísimo valor estético. Recordamos, entre ellas, «La canción del viejo marino» de Samuel Taylor Coleridge y numerosos poemas de Stefan Zweig y Goethe; Rainer Maria Rilke, el hondo y brumoso contador y cantador alemán; ha encontrado en Otto de Greiff, quien lo vertiera insuperablemente al castellano. En «La Ciega», tomando al azar un ejemplo, encontramos estos versos de estrellada sugestión y purísima verdad poética: — «Y cosas vi que son imperceptibles: — el tiempo que corría por mis bucles. — el silencio que canta en los cristales — y sentí huir de pronto entre mis manos — el blanco aroma de una rosa inmensa.» —

No se podría intentar hoy una selección honrada y veraz de la poesía colombiana, prescindiendo del nombre de Otto de Greiff.